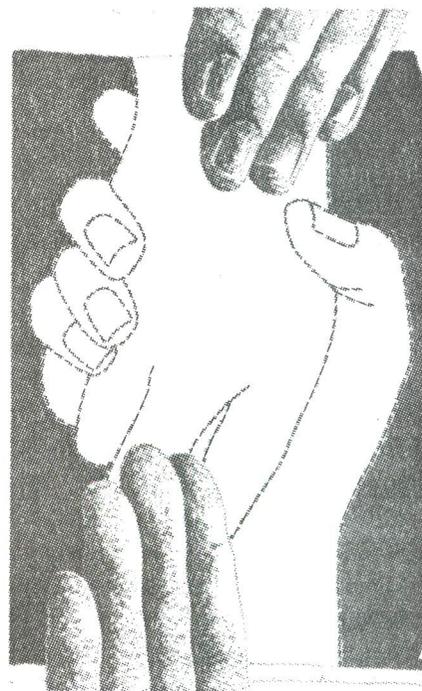


NOS

Julián Gustems



Como sea que el muchacho llegaba algo tarde, la Reina empezó a impacientarse. Había perdido la hora de la peluquería y eso era imperdonable. Se dirigió al Rey y a los Afables, gritando su desconsuelo. “¿Quién se ha creído que es este infeliz?”. Sus gritos retumbaban entre los muros. “Cuando llegue le dais diez latigazos”. Pero al verle se le dulcificó el rostro. El joven llegaba sudoroso, con grandes muestras de desconsuelo. Iba acompañado de frailes, sanadores y vicerreyes, Afables y señoras de buen ver. La Reina apreció la belleza del muchacho y lamentó ser vieja y ser Reina, porque ambas cosas impedían soñar con noches de luna, perfumadas de jazmín. Pero era vieja y Reina y debía contentarse con las manos rugosas del Rey. Así era la vida y así debía aceptarla, pero era en menoscabo de sus sueños de mocita cuando allá en su tierra se le llenaba el pecho de misterios. La Reina suspiró y se entregó al diálogo. “Vais bien acompañado” –indicó. “Así es, mi Reina y Majestad. Pero si me siento feliz es por poder veros tan hermosa” –mintió el muchacho. Y añadió: “Me olvidé de traeros rosas, pero os traigo algo mejor, os traigo un nuevo mundo”. El muchacho extendió sus planos sobre las rodillas de la Reina. “Aquí está la China, la India y el país de azafrán” –comentó, señalando con su dedito el mapa cartapacio.

–“¿Y Ávila, dónde está Ávila?”
–preguntó la señora Reina.

–“Aquí está Ávila –aseguró el mozo. En este puntito vagabundo está Ávila”.

La Reina no le dio validez pero dijo bien, para quedar como una señora. La Reina suspiró profundamente, se admiró de que en un papel cupieran tantos países, incluso su Ávila querida. Miró al Rey Su Señor, miró a los Afables y al final se dirigió al capitán de los frailes.

“Dice el muchacho que va a darme un mundo”.

El capitán de los frailes alzó la mirada al cielo, se tocó el pecho y dijo que sí, que la China y la India y las Bahamas.

“Pero la expedición costará sus dineros” –sugirió la Reina.

“No tantos como darán los beneficios de su regreso. Traerá oro y plata y alguna cosita que agrada a la Reina Nuestra Dama y Señora”.

–“La expedición la pagarán los judíos y costará mucho menos de lo que se piensa. Para mis condominios bastarán un par de puercos y dos barriles de vino” –exigió el muchacho.

“Pero habrá que abastecer a la marinería” –sugirió la Reina.

“La marinería comerá lo que pesque” –aseguró el muchacho.

La Reina volvió a sucumbir a la dulzura de sus palabras.

“Sea –sentenció. Se prepare el viaje a la China”.

Preguntó de dónde era el mancebo. “No se sabe de cierto pero parece ser que es catalán. Habla muy mal el castellano” –indicó el capitán de los frailes.

“¿Catalán?” –preguntó Nuestra Señora la Reina. Y agregó:

“¿No es de este país que siempre está reivindicando tonterías?”.

“De ese sitio es el mancebo” –aseguraron los Afables.

“No importa. Que se haga el viaje sin más demora. Y que así quede escrito” –sentenció la Reina.

Así quedó escrito y así pueden leerlo algunos pocos privilegiados que saben leer los libros de piel de cerdo que se guardan en algunas bibliotecas del país, libros encerrados en armarios de caoba.

A la orden de la Reina se preparó la expedición que fue de once naves, con sus marineros, capitanes y ramerías. Se alzó a la aventura de los mares, enarbolando los estandartes de la tierra de castillos, cantándose, junto a las oraciones, lindas jotas patrióticas. El encuentro con

los monstruos marinos no se cuenta en las crónicas de aquellos tiempos, pero se sabe que ocho de las naves fueron arrastradas al fondo de los mares sin darles tiempo a decir amén, que era la frase más pronunciada en aquel siglo. Por fortuna llegaron a la costa de la China tres de las naves flotadas, en una de las cuales iba el mozuelo de los descubrimientos. Se tardó en llegar a las costas de la China porque era un país del que solo se conocía su folklore, o por decires de los juglares. Al divisar la China los marineros se afeitaron las barbas, se vistieron con sus mejores prendas y saltaron a tierra. Los nativos les esperaban con gran regocijo pero al verles vestidos con tanta elegancia no pudieron contener sus risas.

–“De dónde sois ustedes” –les preguntaron los chinos.

–“Venimos de la Iberia –respondió nuestro muchacho–. ¿Ustedes son todos de aquí? ¿De dónde se llegaron?”.

–“Nosotros no hemos llegado pues siempre fuimos de aquí –le respon-

dieron con malas caras–. Nosotros somos los indios”.

–“¡Los indios!” –gritaron los españoles con entusiasmo.

A los nativos no les hizo gracia tanto gritar, pues estaban acostumbrados al silencio de los bosques.

Pero decidieron ser amables con los recién llegados y les dieron la bienvenida. Los frailes empezaron a cantar sus sermones y a darles –como agradecimiento– carcomidas piedras de Cuenca. Y también ¡cómo no! sedas y cruces de esparto.

Para celebrar el acontecimiento se preparó una succulenta comida a base de ajos cocidos, patatas a lo pobre y zanahorias de Logroño. A los chinos la comida les pareció algo imposible de superar pero, para corresponder, ofrecieron a los españoles cerebros de mono y filetes de tiburón.

El muchacho se presentó como almirante y sucumbió a los encantos de una india. El resto de los marineros también sucumbió.

De regreso a las Españas llevaron tomates diminutos como perlas, ra-

tas enormes, tabaco y ron. Todo iría a parar a los placeres reales.

De regreso a las Iberias, la Reina se sintió feliz de ver de nuevo al muchacho. Volvió a soñar con dulces praderas y anchos desfiladeros donde el perfume de la menta se imponía. Se sentía más joven y atractiva y aunque no se atrevía a confesarlo se veía ligeramente arrastrada a mil pensamientos pecaminosos. Pero sobre sus ensueños imperaba su obligación de Reina y madre de las Iberias y Reina además de la recién descubierta China.

Por esto, en vez de hundirse en tristes cavilaciones se dijo que la China y la Conchinchina bien valían el sacrificio de su fidelidad.

Pensó que sin ella, aquel catalán, la China y la Conchinchina y las enormes ratas, el tabaco y el ron hubiesen estado sin ser descubiertos, en siglos y siglos, y que bien valían los descubrimientos de las patatas y los reducidos tomates porque con ellos y gracias a ellos los restaurantes podrían en un futuro ofrecer platos exquisitos.